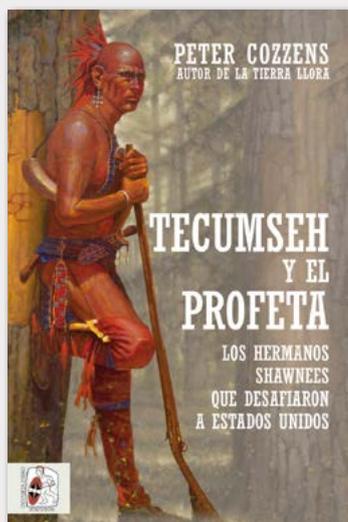


Tecumseh y el sueño imposible de la nación india

Ningún otro nativo americano estuvo tan cerca de cambiar el curso de la historia que el líder shawnee Tecumseh y su hermano Tenskwatawa, apodado el Profeta. Su confederación india, que llegaría a contar con más del doble de guerreros de los que Toro Sentado dispuso en Little Bighorn, no solo puso en jaque la expansión de los Estados Unidos, sino que a punto estuvo de transformar sus fronteras y, de paso, construir una auténtica nación india.



Tecumseh y el Profeta
978-84-123239-2-4
552 páginas + 16 a color
15,5 x 23,5 cm
Rústica con solapas
P.V.P. 27,95 €

De Peter Cozzens, autor del exitoso *La tierra llora. La amarga historia de las Guerras Indias por la conquista del Oeste*, llega la extraordinaria historia de dos hermanos de la tribu shawnee, Tecumseh y Tenskwatawa, artífices de la mayor confederación india de la historia de los Estados Unidos, capaz de poner en jaque a la recién nacida república. Con los colonos desbordando los Apalaches, en un frenesí por explotar las tierras ganadas a los británicos que obviaba cualquier tratado y cualquier derecho de sus moradores indios, Tecumseh y su hermano trataron de galvanizar a estos para resistir. Mientras que el primero fue un brillante diplomático y un bravo líder guerrero, admirado por sus oponentes, Tenskwatawa, el Profeta, pergeñó el renacimiento espiritual y moral de su gente, a través de una doctrina religiosa que trataba de unir a las desorganizadas tribus del noreste americano y revitalizar su cultura.

En *Tecumseh y el Profeta. Los hermanos shawnees que desafiaron a Estados Unidos*, Cozzens aúna su profunda investigación de la sociedad y costumbres indígenas con una prosa subyugante, para abrir una ventana a un mundo borrado de los libros de historia, pero que vuelve a vibrar en estas páginas. Una obra equilibrada y objetiva, que no idealiza al "buen salvaje" pero que empatiza con la resistencia de unas gentes cuyo universo desaparecía a pasos agigantados, decididos a mantener su independencia y su forma de vida ante el arrollador empuje de una joven nación, los Estados Unidos, que echaba los dientes de la modernidad. Un turbulento mundo de frontera, de tramperos y emboscadas en la espesura, de mosquetes, *tomahawks* y captura de cabelleras, al que Cozzens nos traslada en una narración con aliento de novela de aventuras, demostrando, otra vez, que escribir historia no está reñido con escribir bien.

2021, Ganador del premio Spur de la Western Writers of America a la mejor biografía



Peter Cozzens es autor o editor de una veintena de libros sobre la Guerra de Secesión y el Oeste americano, entre ellos *Shenandoah 1862: Stonewall Jackson's Valley Campaign*, *This Terrible Sound: The Battle of Chickamauga* o *No Better Place to Die: The Battle of Stones River*. Su libro más aclamado, *La tierra llora. La amarga historia de las Guerras Indias por la conquista del Oeste* ha sido galardonada con el Gilder Lehrman Prize for Military History como mejor obra de Historia militar publicada en el mundo anglosajón en 2016. Asimismo, fue incluido en el Smithsonian Top History Book of 2016 y se abrió paso en otras importantes listas de mejor libro del año.

En librerías el miércoles 3 de noviembre. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro Catálogo de publicaciones.

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA



SE HA DICHO SOBRE EL LIBRO

«Este libro no es un peán a un mártir inocente, ni un homenaje simplista a un “buen salvaje”. Cozzens es un narrador magistral, y su libro teje una enorme cantidad de intrincados detalles en un absorbente relato histórico. Sus descripciones de batallas son en particular fascinantes, y uno casi puede oler la pólvora, la sangre y el húmedo suelo del bosque».

Gerard DeGroot, *The Times*

«Cozzens hace un gran uso de su talento para la narración. Su convincente prosa y su honda investigación, tanto sobre fuentes primarias como sobre las historias sobre el periodo, se combinan para situar al lector al lado de los hermanos shawnee».

Kathleen DuVal, *The Wall Street Journal*

«Como señala Peter Cozzens, los hermanos ofrecieron a los indios un programa total de crítica social –acerca de la pérdida de sus tierras, la degradación cultural, las luchas intestinas y el declive espiritual– y al mismo tiempo defendieron un plan de acción con miras de futuro. No bastaba la unidad para enfrentar a los americanos en el campo de batalla, sino que dicha unidad exigía una “limpieza moral y renacimiento espiritual”; la transformación personal y la resistencia a ultranza que, juntas, irían encaminadas a crear un nuevo y mejor mundo indio».

Philip Deloria, *The New Yorker*

«La fortaleza del libro de Cozzens es su habilidad para revivir las excitantes aventuras de Tecumseh y su gente. Muchas narrativas bélicas se atascan en minucias, pero aquí el autor anima las batallas al compartir las historias humanas que hay detrás. Construyendo una historia que es a la par cautivadora y con amplia base documental, Cozzens ha pergeñado una obra muy satisfactoria, que nos lleva a simpatizar con sus protagonistas sin necesidad de que el autor desequilibre la balanza».

Chris Rutledge, *Washington Independent Review of Books*

«Cozzens tiene un don para describir los pormenores del combate tanto con claridad como con instinto [...] Esta biografía dual se muestra justa e imparcial. Sin sentimentalismo, y sin esconder los defectos de sus héroes, presenta una mirada matizada a su intento para frenar la invasión de sus tierras».

Margaret Quamme, *Columbus Dispatch*

«*Tecumseh y el Profeta* traza un exhaustivo perfil del notable Tecumseh y su hermano. Su autor, Peter Cozzens, esculpe su texto de manera hábil y convincente. Al relatar la barbarie de las guerras de la frontera, Cozzens se muestra objetivo, pero empático. Tecumseh y Tenskwatawa son personajes fascinantes, imbuidos de grandeza y liderazgo, y sin embargo destinados a la tragedia. Una obra de sobresaliente».

Philip Zozzaro, *San Francisco Book Review*

«Cautivadora. La biografía de Cozzens se apoya en una investigación precisa, está escrita con una prosa fluida y destinada a convertirse en la mejor historia, hasta la fecha, sobre las vidas de los hermanos shawnees y su esfuerzo por reunir una resistencia panindia».

Booklist

¿QUIÉNES FUERON LOS HERMANOS TECUMSEH Y TENSKWATAWA?

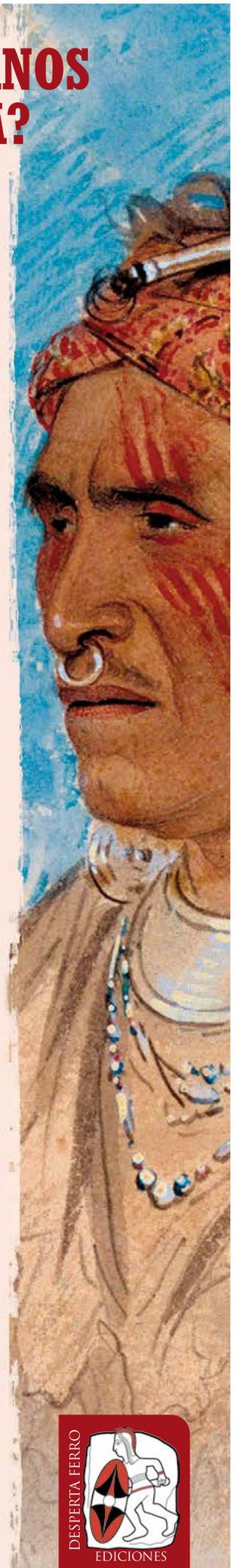
En los albores del siglo XIX, la sociedad nativa americana al este del Misisipi estaba en quiebra. Derrotados en el campo de batalla y despojados de millones de acres de tierra por medio de engaños y estafas, las tribus del moderno Medio Oeste se encontraban fragmentadas, y espiritualmente eran cascarones vacíos de su antigua naturaleza. Tan solo una generación antes toda la región había sido territorio indio. Ahora, pobreza, enfermedades, angustia y alcoholismo era todo lo que el destino parecía ofrecer a los indios. Fue precisamente en ese momento cuando el jefe shawnee Tecumseh y su hermano menor, el profeta Tenskwatawa, emergieron para devolver a los nativos americanos su dignidad y conferirles un propósito común, un intento que estuvo tremendamente cerca de transformar drásticamente el curso de la historia de Estados Unidos y redefinir sus límites septentrionales.

William Henry Harrison, 9.º presidente de los Estados Unidos y quien orquestó las turbias adquisiciones de tierra que hicieron marchitar a los indios, quedó anonadado. Tecumseh, tal como advirtió al Gobierno, era “uno de esos genios excepcionales que emergen ocasionalmente para protagonizar revoluciones y derrocar el orden establecido. De no encontrarse en la vecindad con los Estados Unidos, quizás se convertiría en el fundador de un imperio que rivalizara en gloria con los de México o el Perú.”

El testimonio de Harrison sintetiza los talentos de este infatigable coarquitecto, junto con su hermano menor Tenskwatawa, de la mayor confederación panindia a la que los Estados Unidos jamás hubieron de enfrentarse en su conquista del Oeste. Surgiendo al tiempo que la joven república flexionaba su músculo expansionista, la mecha de este movimiento de resistencia prendió a lo ancho de casi la mitad del país, desde los gélidos confines septentrionales del Misisipi a los asfixiantes humedales meridionales del río Alabama. Ningún otro líder indio en la historia gozó de tal capacidad de atracción, y ninguno supuso una amenaza mayor y más peligrosa al expansionismo estadounidense que Tecumseh y Tenskwatawa, que en el clímax de su influencia fueron capaces de congregarse el doble de guerreros que los que reunirían Toro Sentado y Caballo Loco en la mítica batalla de Little Bighorn, tres generaciones más tarde.

Los talentos de ambos hermanos se complementaban a la perfección. Tecumseh –consagrado cazador, astuto jefe guerrero y orador de excepcional elocuencia– fue el artífice de la alianza militar con Gran Bretaña durante la Guerra de 1812 que estuvo a punto de ganar para los indios el norte del Medio Oeste. Tenskwatawa –alcohólico e inadaptado, que de niño perdió su ojo derecho por el disparo accidental de una flecha– encontró la redención a través de una solución de inspiración divina a la desposesión de tierras y disolución cultural de los indios, recurriendo a la costumbre nativa de unir a tribus tradicionalmente en disputa.

El poder visionario y sin parangón de estos dos shawnees para rejuvenecer y aglutinar docenas de adustas tribus frente a la invasión estadounidense los convirtió en los hermanos más célebres de la historia de los nativos americanos y, por consiguiente, entre los más influyentes en los anales de la historia de Norteamérica.



ENTREVISTA A PETER COZZENS

¿Cómo era el mundo en el que Tecumseh y Tenkwatawa nacieron a finales del siglo XVIII?

El mundo en el que nacieron los hermanos shawnees era un mundo que no pintaba bien para ninguna de las tribus indias del Medio Oeste americano, en lo que hoy serían los estados de Ohio e Indiana. Se acercaba la Guerra de la Independencia de Estados Unidos y la tribu de los shawnees se había reunido muy pocas generaciones antes tras constantes diásporas. La más acusada de ellas, la que sufrieron en 1600 cuando los iroqueses arrasaron el valle del Ohio, dispersó a muchas de las tribus indias, pero ninguna tan afectada como los shawnees, que no volverían a reencontrarse en el valle del Ohio hasta la década de 1750, cuando Tecumseh y Tenkwatawa eran dos adolescentes. Pero la situación volvió a complicarse tras la Revolución, cuando los antiguos colonos comenzaron a adentrarse en los Apalaches y en el valle del Ohio.

Era un momento muy delicado para una tribu que nunca había sido muy numerosa, unos dos mil quinientos individuos en su punto más álgido. Para escapar de la creciente presión estadounidense, alrededor de la mitad de la tribu había emigrado voluntariamente hacia el actual Misuri, entonces dominio español, donde recibieron concesiones de tierras. Para 1780, poco más de mil shawnees permanecían al este del río Misisipi.

Cuéntanos un poco sobre los primeros años de Tecumseh. ¿Qué aspectos marcaron este periodo de cara a sus actuaciones futuras?

La vida de Tecumseh fue volátil desde el principio. Para empezar, producto de esa diáspora que mencionábamos, se vio obligado a emigrar en tres o cuatro ocasiones cuando un asentamiento tras otro era atacado por la milicia de Kentucky. Así, durante su infancia no tuvo un lugar al que llamar hogar durante más de un par de años. Por otro lado, la relación con sus padres también fue complicada; su madre les abandonó cuando decidió emigrar al este y, por si fuera poco, perdió muy joven a su padre, un prometedor líder de guerra, en la batalla de Point Pleasant en 1774 luchando contra la milicia de Virginia.

En este periodo hubo dos aspectos que marcaron su vida. El primero, cuando marchó hacia el sur con su hermano mayor y luchó con la banda de indios cheroqui chicamauga, que estaban resistiendo la expansión blanca en el actual Tennessee. Fue con estos contactos donde pudo comenzar a intuir las ventajas, pero también los inconvenientes, de las alianzas inter tribales indias.

En segundo lugar, un acontecimiento que considero crucial, cuando participó con tan solo doce años en su primera incursión junto a los aliados británicos y canadienses en el ataque a la estación de Ruddell en Kentuc-

ky. Allí apresaron a un niño blanco de su misma edad, Stephen Ruddell, y lo adoptaron. Estas adopciones de niños o adultos eran habituales; los shawnees no solían asesinar a sus cautivos, sino que los acogían para reponer sus filas tras las pérdidas sufridas. De este modo un gran porcentaje de estas tribus estaba formado por sangre mixta. Tecumseh y Stephen se convirtieron en mejores amigos rápidamente, produciéndose un gran intercambio cultural entre ambos. Dieciséis años después, Stephen abandonó voluntariamente a los shawnees, tras haber sido uno de los primeros seguidores de Tecumseh, dejando en él notables recuerdos.

En este sentido cabe resaltar que la relación entre los nativos americanos y los estadounidenses no fueron siempre blanco o negro, hubo toda una gama de grises en la que se dieron frecuentes intercambios amistosos entre ambas partes.

¿Qué nos puedes contar de Tenkwatawa y las diferencias de sus primeros años frente a Tecumseh?

Tecumseh y Tenkwatawa fueron sin duda los hermanos indios más influyentes de la historia de los nativos americanos. Sin embargo, no se podría encontrar una pareja de hermanos que estuviesen más alejados en casi todos los aspectos: Tecumseh era carismático, un magnífico cazador y guerrero, un líder natural que desde niño ya atrajo a numerosos seguidores, y las mujeres lo adoraban.

Por su parte, Tenkwatawa era un absoluto inadaptado; nació trillizo, algo que en la cultura Shawnee era símbolo de mal agüero y malas noticias. De niño se disparó en el ojo derecho intentando aprender cómo se utilizaba el arco y nunca fue un gran cazador, algo muy valorado en la tribu. A partir de ahí todo fue cuesta abajo. También era un guerrero inepto que a finales de su adolescencia ya se había convertido en un alcohólico y un vago irremediable. Era un mujeriego y hasta intentó convertirse en "hombre medicina" con escaso éxito.

Visto esto, ¿cuándo se convierte Tenkwatawa en el personaje que ha trascendido y que inició el movimiento que provocó el cese de la expansión americana?

En 1805 la sociedad india estaba en sus horas más bajas; el alcohol era uno de los principales problemas a los que se enfrentaban los indios y estaba diezmando las tribus del Medio Oeste, que se dedicaban a intercambiar licor barato por pieles y otros productos comerciales más caros. El momento de la revelación de Tenkwatawa es uno de los relatos más conmovedores, dramáticos y místicos que he escrito y es difícil hacer justicia a lo que debió sentir realmente.

Tenkswatawa estaba sentado junto al fuego una noche de acampada, probablemente muy borracho, cuando se desmayó y durante casi 48 horas se le dio por muerto. De hecho, Tecumseh, sus amigos y su familia estuvieron a punto de enterrarlo cuando de repente se despertó y afirmó haber tenido una visión en la que un Señor de la Vida le había mostrado cómo era el más allá y en lo que se convertían los indios que se desviaban del camino tradicional al caer presa del alcohol y del estilo de vida del hombre blanco. Le había mostrado que la única forma que tenían los indios de salvarse era regresando al camino correcto.

Tenkswatawa regresó de esta visión como un hombre totalmente cambiado, elocuente y sobrio. En sus siguientes visiones elaboró un discurso en el que pedía a todos los indios que volviesen a un modo de vida tradicional y evitasen el contacto con los estadounidenses. Un discurso del que Tecumseh se convirtió en un devoto seguidor y que, con el tiempo y la reanudación de las invasiones en sus tierras, transformó. De un movimiento cultural y espiritual creado por Tenkswatawa se pasó a una alianza política y militar para resistir la invasión blanca. Se desarrolló una relación sincrética entre Tecumseh y Tenkswatawa; el último seguía siendo el líder espiritual, pero el primero se convirtió en la fuerza motriz de una alianza política y militar cuya principal premisa era «todos somos indios, todos somos un pueblo, todos comemos del mismo cuenco; o resistimos juntos a los estadounidenses o seremos derrotados por separado».

Antes que Tecumseh y Tenkswatawa, otras figuras indias prominentes, como Pontiac o Neolin, así como otras tribus indias ya habían intentado resistir a la expansión colonial americana. ¿Cómo

era este periodo anterior a la confederación que formaron los hermanos shawnees?

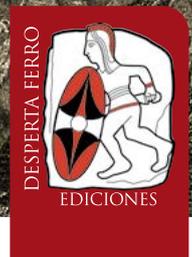
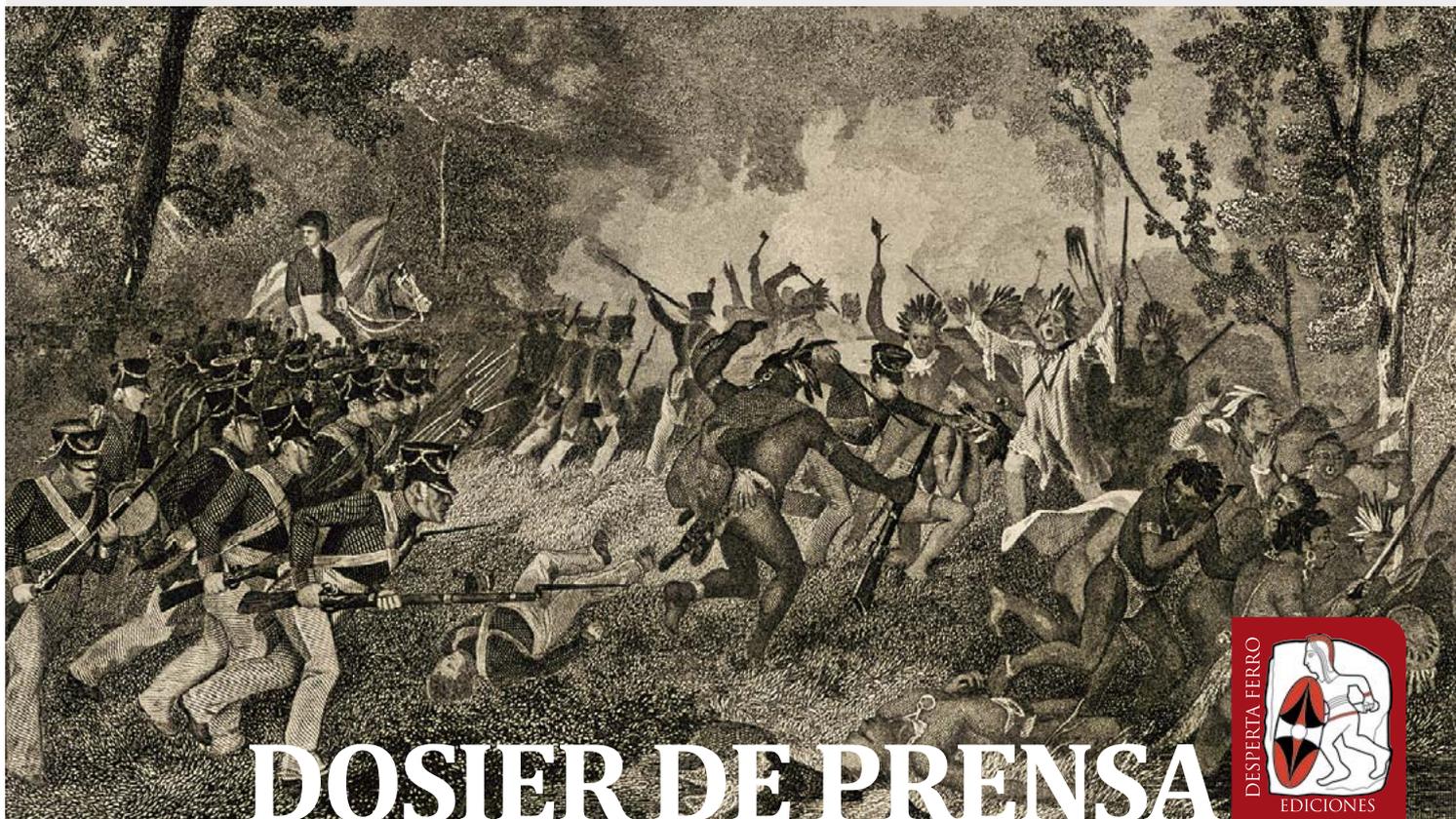
Tenkswatawa fue indudablemente el profeta y vidente indio más influyente de la historia de los nativos americanos, una sociedad en la que este tipo de figuras desempeñaron un papel predominante. No obstante, tanto Tenkswatawa como Tecumseh tuvieron una enorme deuda con Pontiac, como líder político y militar, y con Neolin, como líder religioso y vidente, en tanto que ambos adoptaron gran parte de las estrategias y doctrinas que estos habían utilizado décadas antes. En el caso de Pontiac este fue víctima de su propio éxito y fue asesinado por otro indio.

No obstante, había diferencias sustanciales; en la década de 1760 no se trataba tanto de resistir a los colonos blancos de su entrada en tierras indias, sino de intentar que los británicos cumplieren su promesa de seguir manteniendo relaciones comerciales justas con las tribus indias tras la bancarrota sufrida a causa de la guerra franco-india.

¿Cómo consiguieron los shawnees esta congregación primero espiritual y posteriormente militar hasta crear esta gran alianza y qué lecciones aprendió Tecumseh al embarcarse en esta misión?

Para transmitir información los indios tenían un sistema de mensajeros que viajaban realmente rápido y que Tenkswatawa utilizó para invitar a las otras tribus a enviar a sus representantes a reunirse con él en el Ohio. Allí escucharían su mensaje y luego, si lo creían oportuno, podían difundirlo entre los suyos y decidir si unirse.

En cuanto a las lecciones, fueron principalmente dos; la primera, que debía hacer todo lo posible por mantener unida la alianza, algo complicado; y, la segunda, que sin ayuda británica no podía lograrlo.



Las alianzas indias eran extremadamente transitorias, ya que incluso el guerrero más bajo del escalafón podía decidir no luchar o no unirse a una alianza si no lo deseaba. Ningún líder, por muy prestigioso que fuese, tenía modo alguno de obligar a los miembros de una alianza a cumplir sus órdenes. De modo que los indios seguían a sus cabecillas siempre que creyesen que les resultaba beneficioso hacerlo y siempre que estos cosecharan éxitos políticos o militares. Por ende, estas alianzas eran muy etéreas y se evaporaban tan rápido como surgían. Esto fue un verdadero desafío para Tecumseh.

Además, los indios dependían de los británicos en términos de armas, munición y, eventualmente, soldados, de modo que los nativos americanos del Medio Oeste no tenían ninguna oportunidad contra los estadounidenses sin los británicos. No podían esperar conseguir una patria permanente sin su ayuda.

De hecho, en este momento los nativos americanos ya eran totalmente dependientes del comercio con los europeos y en menor medida también con los americanos. Por ejemplo, en el caso de los guerreros shawnees, desde las camisas de lino que utilizaban, el metal con el que se fabricaban los pendientes de sus orejas y nariz o las armas como los mosquetes que utilizaban –habiendo dejado a un lado el arco y las flechas tradicionales incluso para cazar–, todo procedía del comercio y muy poco quedaba ya del guerrero tradicional.

Muchos shawnees no les apoyaron, ¿cómo fueron capaces entonces de reclutar a tantos guerreros de otras naciones en lugar de a los suyos propios?

Los shawnees tenían un líder carismático en Tecumseh. Entrado en años, sí, pero muy querido ya que había sido un líder de guerra en la década de 1790 bajo Chaqueta Azul, el líder shawnee contra los estadounidenses en aquel momento.

Sin embargo, en una tribu pequeña, de no más de mil personas como hemos visto, los shawnees estaban muy familiarizados con la vida disoluta de Tenkwatawa, así que era difícil que quienes no habían sido testigos del milagro en primera persona creyesen realmente en su transformación. Sin embargo, fuera de su comunidad esta mala reputación no le precedía por lo que no jugó tanto en su contra.

A lo largo del libro precisamente queda claro que los británicos fueron muy importantes para mantener el equilibrio de poder. ¿Qué significó para los indios que estos fueran derrotados en 1783?

La derrota de los británicos significó una enorme crisis existencial para las tribus indias porque estos mantenían a los colonos euroamericanos al este de los Apalaches, evitando así el conflicto entre ambas partes. Una vez se retiraron, los estadounidenses buscaron la forma de obligar a estas tribus, que ya eran semisedentarias, a que se

convirtieran en granjeros, reduciendo así drásticamente la extensión de tierras que pudieran necesitar para su manutención y usurpar el resto.

Los indios eran muy conscientes de ello, sabían lo que les esperaba y, aún así, los hermanos shawnees obtuvieron la mayoría de sus apoyos entre las tribus donde aún no se había sentido la presión estadounidense, y fueron capaces de crear la mayor alianza india existente sin el apoyo de su propia tribu.

¿Cómo de cerca estuvieron de conseguir sus objetivos?

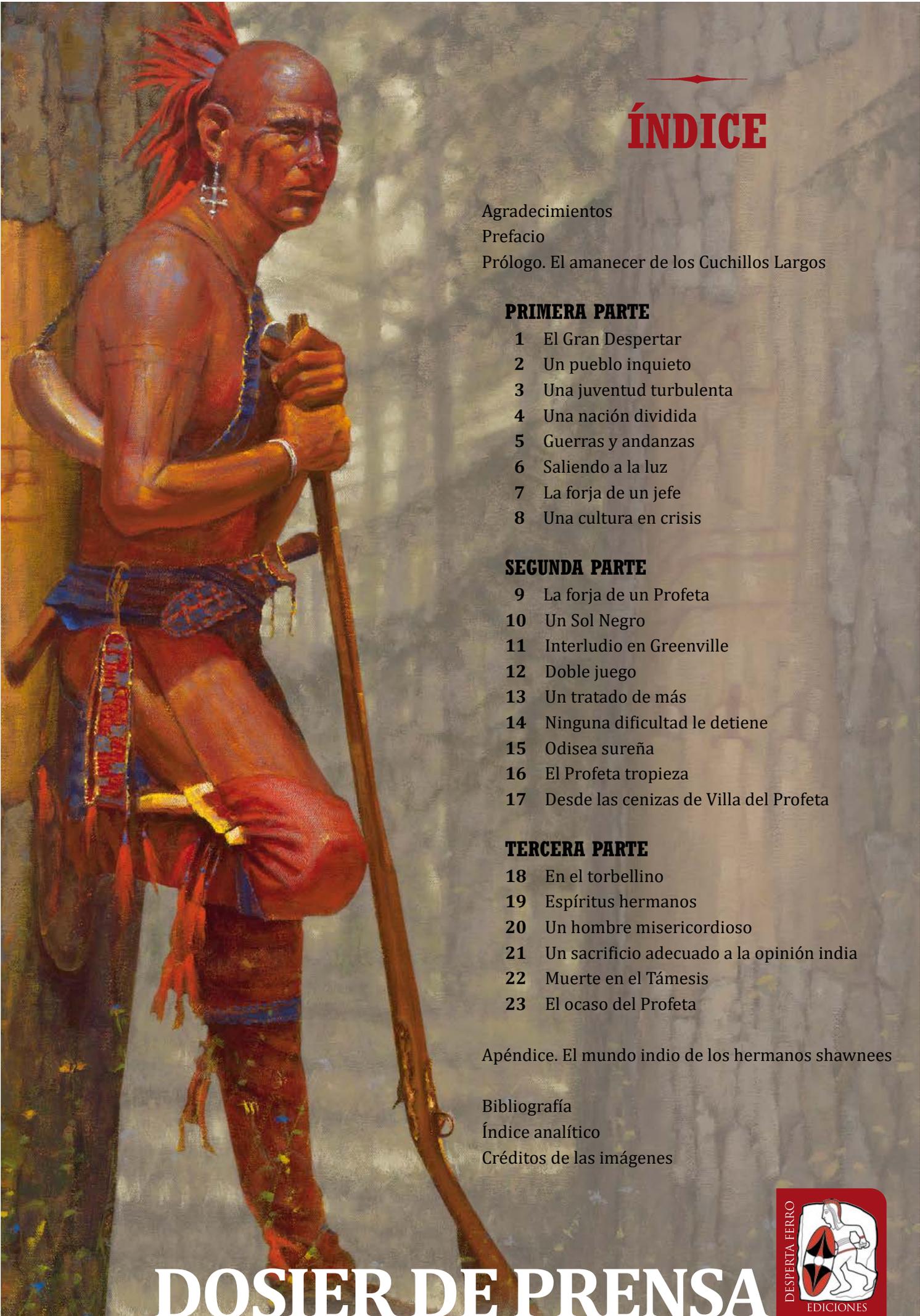
Los británicos realmente hicieron una promesa sincera a los indios cuando les ofrecieron una patria permanente. Para mi sorpresa, porque yo me introduje en este proyecto pensando que era otra historia más de pueblos indios destinados a la derrota, resultó que estuvieron muy cerca del éxito en varias ocasiones, en buena parte debido a la ineptitud estadounidense. Así que la idea de un estado colchón entre la recién nacida república y el Canadá británico, tal vez en el actual Michigan, no era descabellada y podría haber cambiado el curso del desarrollo de los Estados Unidos hacia el Oeste, incluso las fronteras actuales del país.

Por último, ¿cómo fue la relación entre Tecumseh, Tenkwatawa y su rival, el gobernador del Territorio de Indiana y futuro presidente William Henry Harrison?

Era un triángulo crítico, él era su enemigo. Sin embargo, no siempre estuvieron enfrentados. Al principio Harrison estaba bastante impresionado con Tenkwatawa y su capacidad de mantener a sus seguidores sobrios y evitar que causasen estragos en los primeros asentamientos. Por otro lado, siempre tuvo un gran respeto por Tecumseh; de hecho, en 1811 escribió una carta al secretario de Guerra en la que elogiaba a Tecumseh no solo como el líder nativo más notable que había conocido, sino como uno de los hombres más destacados de la época y lo relacionaba con una especie de César indio que, en otras circunstancias, decía, podría imaginárselo creando un imperio como el inca o el azteca.

Sin embargo, Harrison era un hombre ambicioso y odiaba a los británicos desde que, cuando era joven, estos quemasen hasta los cimientos la plantación de su padre, perdiéndolo todo. Así, erróneamente, veía la mano de los británicos detrás de todo, incluso empujando a los indios a resistir. Era incapaz de imaginar que los indios actuaban por su cuenta para preservar su forma de vida y eso era un gran error.





ÍNDICE

Agradecimientos

Prefacio

Prólogo. El amanecer de los Cuchillos Largos

PRIMERA PARTE

- 1 El Gran Despertar
- 2 Un pueblo inquieto
- 3 Una juventud turbulenta
- 4 Una nación dividida
- 5 Guerras y andanzas
- 6 Saliendo a la luz
- 7 La forja de un jefe
- 8 Una cultura en crisis

SEGUNDA PARTE

- 9 La forja de un Profeta
- 10 Un Sol Negro
- 11 Interludio en Greenville
- 12 Doble juego
- 13 Un tratado de más
- 14 Ninguna dificultad le detiene
- 15 Odisea sureña
- 16 El Profeta tropieza
- 17 Desde las cenizas de Villa del Profeta

TERCERA PARTE

- 18 En el torbellino
- 19 Espíritus hermanos
- 20 Un hombre misericordioso
- 21 Un sacrificio adecuado a la opinión india
- 22 Muerte en el Támesis
- 23 El ocaso del Profeta

Apéndice. El mundo indio de los hermanos shawnees

Bibliografía

Índice analítico

Créditos de las imágenes

DOSIER DE PRENSA

PREFACIO

William Henry Harrison, gobernador del Territorio de Indiana, estaba atónito. En la década que llevaba en la frontera aplicando la agresiva política gubernamental de adquisición de tierras, había tratado con decenas de jefes indios, algunos desafiantes, otros maleables. Pero nunca había encontrado a un líder nativo como el jefe shawnee Tecumseh, al que consideraba su principal adversario en la lucha por el Territorio del Noroeste, nombre que recibían en la época los estados actuales de Ohio, Illinois, Indiana, Míchigan y Wisconsin. En julio de 1811, tras un consejo particularmente disputado con Tecumseh, Harrison escribió un sentido homenaje al jefe indio. Se trata tal vez del elogio más entusiasta jamás hecho por un representante del gobierno a un jefe indio americano. Tecumseh había parado cada una de las estocadas verbales de Harrison, defendiendo con elocuencia su negativa a ceder un territorio que, en palabras de Harrison, era «uno de los más gratos rincones del globo [pero] guarida de un puñado de salvajes miserables».

Tecumseh no tenía nada de miserable. Según reportó Harrison al secretario de guerra, «la obediencia y el respeto que le profesan sus seguidores es en todo punto asombrosa, circunstancia que, más que ninguna otra, revela que se trata de uno de esos genios poco comunes que de vez en cuando surgen para obrar revoluciones y revertir el orden de las cosas. De no ser por la cercanía de los Estados Unidos, podría llegar a ser el fundador de un imperio cuya gloria rivalizase con los de México o el Perú». A Harrison le maravillaba el vigor con el que el jefe shawnee luchaba por su sueño de una unión india. «Ninguna dificultad le detiene. Su actividad e industria suple su falta de letras. Ha estado en constante movimiento durante cuatro años. Hoy le ves en el Wabash y al poco tiempo recibes la noticia de que está en las orillas del lago Erie o del lago Míchigan, o en las orillas del Misisipi y donde quiera que vaya obtiene un recibimiento favorable a sus propósitos».

El testimonio de Harrison resume el talento de Tecumseh, coarquitecto, junto a su hermano menor Tenskwatawa, de la mayor confederación panindia a

la que jamás se enfrentaría la república estadounidense durante su expansión hacia el oeste. Su movimiento abarcó casi la mitad de lo que entonces eran los Estados Unidos, desde los gélidos confines del alto Misisipi a las tierras calientes de la desembocadura del Alabama. Ningún otro líder indio gozó de apoyos tan amplios y ninguno plantearía una amenaza tan severa a la expansión estadounidense como la creada por Tecumseh y Tenskwatawa. En el punto culminante de su movimiento, los hermanos shawnees congregaron dos veces más guerreros que los reunidos tres generaciones más tarde por los jefes Toro Sentado y Caballo Loco en Little Bighorn.

Las fábulas florecen allí donde los hechos son escasos u olvidados. Los mitos perduran allí donde las personas quieren creerlos. Esto es lo que sucedió con los hermanos shawnees. Para los estadounidenses, Tecumseh pasaría a ser la personificación de todo cuanto había de grande y noble en el carácter indio, según el concepto de grandeza y nobleza de los no indios (o los blancos, en el habla de la época). El motivo es obvio. Tecumseh defendía una alianza político-militar para enfrentarse a la invasión estadounidense de las tierras indias. Este era un concepto que los blancos podían comprender. Tecumseh, quien era, básica y fundamentalmente, un líder político, actuó como ellos [los blancos] habrían actuado en circunstancias similares. Pero Tenskwatawa presentó contra la desposesión y disolución cultural de los indios una solución de inspiración divina basada en una tradición nativa que a los blancos les resultaba incomprendible. Además, Tenskwatawa les parecía repulsivo: un ex alcohólico desfigurado que, cuando era un muchacho, se había sacado un ojo con una flecha. Era, en palabras de un agente indio que conocía bien a los hermanos shawnees: «Un hombre desprovisto de talento o mérito, un demagogo indio, taimado y pependenciero». Este mismo funcionario admiraba a Tecumseh, al que consideraba el modelo de virilidad shawnee: un cazador experto, un jefe guerrero astuto, caritativo y un orador de una excepcional elocuencia. Así, la historia, las biografías y el folclore divinizaron a Tecumseh y demonizaron a su hermano.

CAPÍTULO 2

UN PUEBLO INQUIETO

Por la frontera circulaban abundantes y terroríficas historias de cautiverio entre los indios, pero la mayoría eran exageraciones. Una vez superada la carrera y finalizados los rituales, la realidad de la vida en adopción estaba lejos de ser aterradora. Los blancos que eran acogidos por una tribu y que deseasen retornar al mundo blanco, tan solo necesitaban comunicar su deseo a sus hermanos indios, y estos se lo concederían. Pero eran pocos los que hicieron valer esta opción. Algunos llevaban tanto tiempo entre los indios que ya no conocían ninguna otra forma de vida. Un ministro neoyorquino que viajó entre los shawnees conoció a una joven blanca que había sido capturada cuando era una niña. Esta no hablaba inglés y parecía «tan satisfecha como sus compañeros indios». El ministro también encontró a un adolescente blanco que no solo recordaba su vida anterior al cautiverio, sino que también hablaba y escribía inglés con fluidez y conocía con precisión el paradero de sus familiares, a los cuales, según explicó al ministro, les gustaría mucho visitar. Pero, advirtió, bajo ningún concepto trocaría la libertad de los bosques por una vida de arduo trabajo en la frontera.¹¹

Por otra parte, hubo algunos cautivos blancos que nunca tuvieron la oportunidad de demostrar ser dignos de ser adoptados o sopesar las ventajas de la vida nativa. Estos eran los infortunados elegidos para ser torturados y ejecutados. Al igual que otras tribus de los bosques, los shawnees martirizaban a los prisioneros para adivinar la fortaleza física y espiritual de un enemigo, o, si continuaban la ordalía hasta el fallecimiento de la víctima, para vengar la muerte de compatriotas o familiares y liberar sus espíritus del inframundo. En ocasiones, se torturaba hasta la muerte a mujeres y niños, aunque la religión shawnee prohibía la violación, pues tal cosa era anatema para el Señor de la Vida. El método más habitual de tortura era la hoguera o quemar a las víctimas con ascuas candentes. El adolescente Tecumseh y su hermano menor Laloeshiga fueron testigos de varios actos truculentos. Una muestra de tales horrores será suficiente para indicar su carácter casi habitual en la vida de los shawnees.

Una mujer de Virginia llegó a una aldea shawnee con la partida de guerra que la había capturado. Allí vio pedazos de cuerpos quemados que colgaban de postes. A continuación, observó a la partida de guerra atormentar a un prisionero blanco solo por diversión. Primero, le hicieron permanecer en pie mientras le cortaban poco a poco las orejas a tiras y le hacían incisiones en el rostro. Luego los guerreros le ataron, le hicieron rodar por

el polvo y le azotaron con pequeñas varas. Una vez saciada su sed de sangre, los indios perdonaron la vida al hombre.

Dos muchachos cautivos fueron testigos de la truculenta suerte que corrió una mujer blanca que había intentado escapar. Los guerreros le arrancaron la cabellera, pero no la mataron de inmediato, sino que la ataron al suelo, donde «colocaban aquí y allí sobre su cuerpo pavesas de madera ardiente y luego le cortaron las orejas y los dedos, y se los metieron en la boca, obligándole a tragárselos [...] la mujer vivió desde las nueve en punto de la mañana hasta el anochecer, momento en el que un oficial francés se apiadó de ella y puso fin a su sufrimiento».

La tortura de prisioneros blancos llegó a su apogeo durante la feroz guerra fronteriza de mediados a finales del siglo XVIII, mucho antes de que los hermanos shawnees alcanzaran la edad adulta. El granjero cautivo Peter Williamson dejó un relato particularmente atroz sobre la suerte que corrieron tres colonos. Los llevaron, al borde de la inanición, hasta una aldea shawnee, donde ataron a un árbol a dos de ellos. Los aldeanos atizaron a su alrededor un gran fuego. Una vez abrasados, un guerrero les abrió en canal con su cuchillo de cortar cabelleras y quemó sus entrañas. Otros se dedicaban a arrancar pedazos de carne de los cuerpos de los moribundos. Los indios enterraron al tercer hombre de pie en un hoyo que obligaron a cavar a Williamson y encendieron un fuego. Con tan solo la cabeza fuera del suelo, «aquel pobre hombre solo podía implorar piedad, pues sus sesos hervían dentro de su cabeza [...] continuaron con el fuego hasta que los ojos se le salieron de las cuencas». A continuación, seccionaron la cabeza y obligaron a Williamson a enterrar aquel despojo.

Muchos shawnees detestaban la tortura, pero por lo general reconocían el derecho inviolable de los indios a hacer lo que les placiera con los cautivos que hubieran capturado, en particular si ellos o sus familias habían perdido seres queridos a manos de sus enemigos. No obstante, algunos shawnees protestaban y, a veces, intervenían. Un hijo del jefe Tallo de Maíz encontró, a su regreso de una cacería, a los aldeanos reunidos para ver a unos guerreros asar a un prisionero blanco. Fue a su *wigwam*, tomó una pistola, la ocultó entre sus ropas y se dirigió hasta la horrenda escena. Cuando llegó, los guerreros estaban prendiendo fuego a la hoguera. Sin decir palabra, el hijo de Tallo de Maíz fue hacia el prisionero, sacó la pistola y le voló los sesos. Los guerreros enfurecieron, pero nadie alzó la mano contra el joven caudillo guerrero.¹²

CAPÍTULO 3

UNA NACIÓN DIVIDIDA

Los indios preferían la emboscada. Esta era una táctica cuya ejecución requería considerable paciencia y resistencia, como descubrió un kentuckiano que escapó de una de ellas. Este afortunado colono solía dejar su puesto cada tarde para cazar ardillas en un bosquecillo de nogales americanos que no estaba lejos, ignorante de que los shawnees permanecían ocultos junto a su camino tras un gran tronco. Durante tres días pasó por aquel lugar sin que le importunasen. El cuarto día, los shawnees mataron a tiros y arrancaron la cabellera a

dos hombres y les robaron sus caballos. Los indios habían permanecido inmóviles entre la hierba alta por espacio de treinta y seis horas, ignorando el tormento de los insectos, haciendo allí mismo sus necesidades, sin comer ni beber.⁶

Los indios eran combatientes pragmáticos. Cuando se veían en inferioridad numérica, la retirada «se consideraba un principio básico de la táctica –dijo un general estadounidense con dos décadas de experiencia en el combate contra los shawnees–, y considero

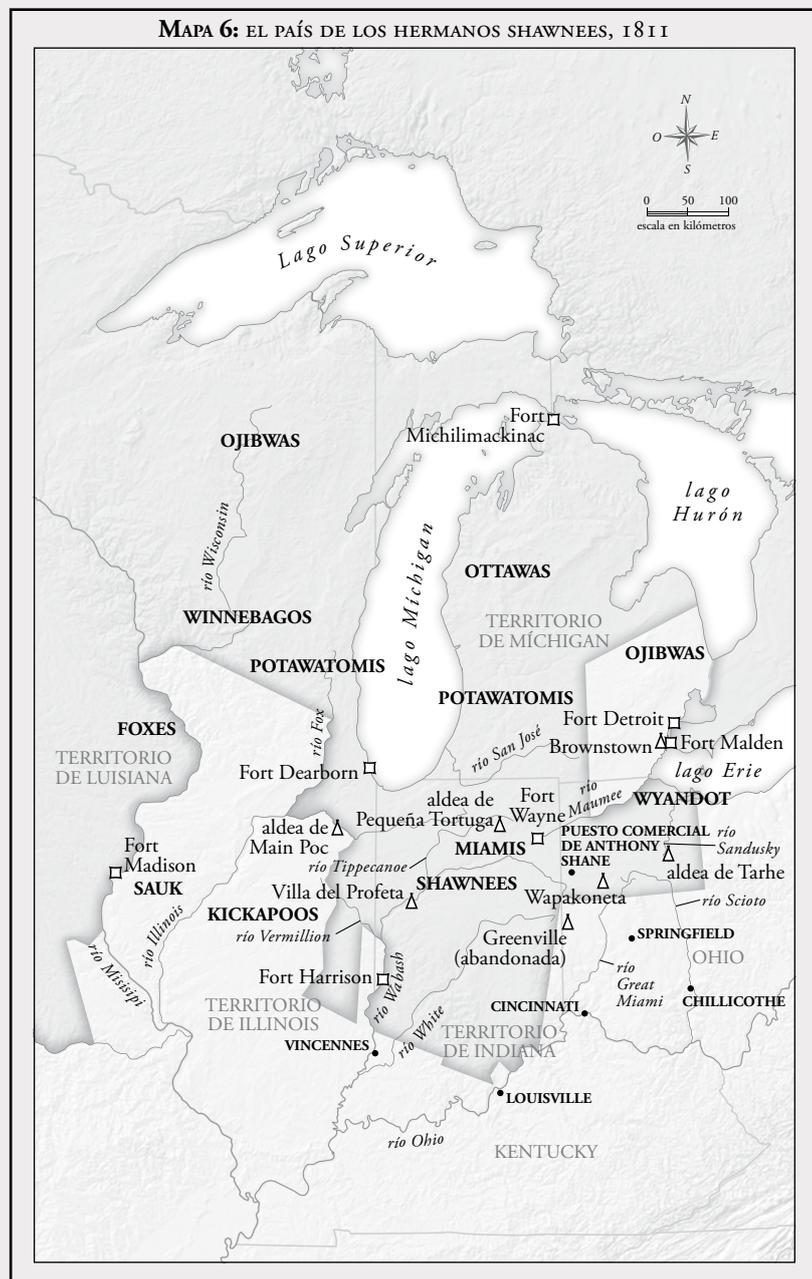
que puede afirmarse con bastante seguridad que esta proviene de su visión, que suelen aplicar a menudo, de no tentar la suerte bajo circunstancias nefastas, sino que esperan pacientes hasta que las posibilidades sean favorables». Cuando atacaban a un enemigo numeroso, solían emplear una formación de media luna. En la espesura, esa táctica rara vez fallaba.

Los indios arrancaban la cabellera a los enemigos caídos para obtener una prueba tangible de su victoria en combate singular. Solían cuidar mucho tales trofeos demostrativos. Tras extraer una cabellera, el guerrero victorioso rascaba la grasa de la parte carnosa, la estiraba sobre un aro y la secaba sobre un fuego. Las cabelleras, adornadas con plumas, se solían colgar para exhibirlas. Un cautivo recordó haber contado ocho cabelleras que pendían de un poste, que eran exhibidas por el campo por su orgulloso propietario shawnee.⁷

Cuando Tecumseh entró en la segunda década de su vida, la oportunidad de recoger cabelleras blancas creció acorde al aumento de intrusiones estadounidenses en las tierras de los shawnees.

En 1782, el valle del Ohio fue sacudido por una sucesión de incursiones y represalias. Aunque la rendición británica en Yorktown, Virginia, en 1781, puso fin a la Revolución americana al este de los Apalaches, tan solo trajo mayor violencia a la frontera. La contienda alcanzó niveles de una brutalidad salvaje. La mañana del 8 de marzo de 1782 llegó a su nadir con una horrenda masacre de indios.

MAPA 6: EL PAÍS DE LOS HERMANOS SHAWNEES, 1811



CAPÍTULO 5

GUERRAS Y ANDANZAS

Tecumseh estaba convirtiéndose en un hombre vigoroso y atractivo, al que tanto indios como blancos encontraban cautivador. Pasaba del metro y ochenta centímetros, una estatura elevada para la época, y tenía una envergadura mayor que la mayoría de los varones shawnees. «De complexión demasiado corpulenta para ser veloz a pie», dijo un responsable del gobierno federal que le conoció bien, Tecumseh tenía una buena musculatura, y estaba «hecho para la fuerza y para resistir arduos trabajos». También contaba con unos rápidos reflejos y una coordinación excelente. Su tez era objeto de debate. Algunos blancos le consideraban más oscuro de lo normal, mientras que otros le veían más blanco que la mayoría de los indios. La mayor parte de los blancos admiraba su frente alta y despejada, su nariz ligeramente aguileña, y su excepcional dentadura, de dientes grandes y blancos. En un entorno informal, Tecumseh era «muy alegre y animado» con sus guerreros, y tenía una sonrisa cálida y encantadora. Pero lo que más impresionaba a los blancos de su rostro era su mirada profunda y sus ojos castaños, que daban a su semblante una expresión de marcada melancolía. En los siguientes años, se dejaría crecer el cabello hasta los hombros, pues abandonaría la tonsura tradicional, y portaría escasas joyas con la salvedad de los anillos en la nariz. Se desconoce cómo se adornaba a la edad de veinte años, pero Ruddell dijo que su aspecto complacía a las jóvenes indias, las cuales «se interesaban tanto por él» como las muchachas durante su niñez.

Se ignora si correspondía a estos afectos. El factor (representante gubernamental de comercio) en Fort Wayne, John Johnston, que en el futuro llegaría a ser agente entre los shawnees, juró que a Tecumseh no le interesaban demasiado las mujeres y que «no conoció mujer hasta que se casó». Ruddell compartía su opinión, y dijo que Tecumseh, aunque era educado con ellas, siempre evitó sus insinuaciones y «nunca tuvo en gran consideración al sexo femenino». Por su parte, Anthony Shane, métis y marido de su prima, juró que, durante su juventud, Tecumseh siempre que tenía oportunidad se encamaba con alguna.

La mayoría de los hombres shawnee consideraban que el sexo era algo que debía ser controlado y sublimado; no debía tomarse a la ligera. Si se tienen en cuenta los numerosos tabúes que regulaban las relaciones sexuales, los cuales impedían a los hombres respetables

tener relaciones antes de la guerra o de la caza y animaban a no practicarlo durante la primavera, momento en el que una concepción podía dar lugar a un nacimiento en un frígido campamento de invierno, parece probable que Tecumseh adoptase la actitud poco romántica y, en apariencia, mojigata, característica del típico indio de los bosques orientales. La ausencia de una figura materna en su vida también podría haber retrasado su desarrollo sexual. Un anciano shawnee reveló a un blanco tanto la inocencia típica de los hombres jóvenes shawnee y el papel que sus madres desempeñaban para que la superasen. Así, de acuerdo a las leyes establecidas por el Creador,

cuando un hombre tiene veinticinco años de edad, en ese momento es casado según la costumbre, pero no sabe nada en absoluto sobre cómo tener relaciones sexuales con su esposa. En el momento en que se casan, por tanto, los jóvenes reciben instrucción personal acerca de cómo deben actuar cuando tengan relaciones sexuales con sus esposas. Al parecer, después de que la mujer ayude a su hijo [que aprenda cómo], él debería intentar actuar. «Debes quitarte la ropa de este modo –le dice a su nuera–, y debes yacer inmóvil». Luego, ayudaba a su hijo a tener una erección. «Colócate encima –le decía. Luego, dirigía su pene hacia el orificio vaginal de la mujer–: Ahora, si has entrado, dime “todo bien” y os dejaré dar rienda suelta».³

Tecumseh estaba a punto de dar rienda suelta, pero a una aventura mucho más grande y duradera que un breve momento de intimidad sexual. En el valle del Ohio estaba tomando forma una nueva confederación india, una unión más robusta que la laxa asociación de tribus enfrentadas de Pontiac y Neolin, o que la incierta combinación algonquino-iroquesa promovida por Joseph Brant. Esta confederación sería el segundo intento serio de cooperación panindia en el viejo noroeste, una alianza con una mayor unidad de acción –proteger la tierra india– y sin el componente religioso nativista que había llevado a algunos nativos a censurar el movimiento que Pontiac y Neolin habían inspirado, pero que nunca llegaron a controlar.

CAPÍTULO 7

LA FORJA DE UN JEFE

La Confederación del Nordeste desapareció oficialmente el 3 de agosto de 1795, fecha en la que noventa y nueve jefes firmaron el Tratado de Greenville, cuyos términos estipulaban que cederían todas las tierras salvo la esquina noroeste de la actual Ohio. El tratado era, simple y llanamente, un trastorno catastrófico para la sociedad india. El gobierno estadounidense era a un tiempo usurpador y benefactor: se aseguraba influencia en los gobiernos tribales por medio de un sistema de anualidades que concedía cada año pagos que iban de los 500 a los 2000 dólares.

El Tratado de Greenville también especificaba la pretensión de transformar culturalmente a los indios, a los que se animaría a abandonar la caza y dedicarse en exclusiva a la agricultura. Esto se haría tanto si estaban de acuerdo como si no. Otros artículos del tratado autorizaban a los Estados Unidos a construir fuertes y puestos comerciales en tierras indias; renunciaban también a posibles pretensiones sobre las tierras situadas entre los ríos Ohio y Misisipi (una promesa que tan solo se mantendría en vigor mientras George Washington y su sucesor, John Adams, estuvieran en la presidencia); tan solo permitía comprar tierras indias al gobierno federal; obligaba al gobierno a proteger las tierras indias restantes de usurpadores blancos y garantizaba a los nativos privilegios de caza en el territorio cedido siempre y cuando ninguno de sus ocupantes blancos legales tuviera ninguna objeción. Las tribus de la región del Ohio, antaño orgullosas e independientes, y que durante más de un siglo habían enfrentado entre sí a las potencias europeas y a los Estados Unidos, se veían ahora ligadas de forma inextricable a sus conquistadores. Los indios se hicieron cada vez más dependientes de los pagos anuales de bienes y efectivo, y en particular sus jefes, pues su poder derivaba ahora de su autoridad para distribuir las anualidades entre los miembros de la tribu como mejor les pareciera, una dinámica preocupante que mitigaría futuras resistencias unificadas. La paz había llegado, pero a un precio que ningún indio se hubiera planteado antes de la batalla de Troncos Caídos.¹⁹

El impacto inmediato del Tratado de Greenville varió de una tribu a otra. A los miamis les fue bien. El

yerno de Pequeña Tortuga, William Wells, recibió una anualidad para la tribu de 2500 dólares, pero otras tribus de la confederación solo recibieron 1000. Los miamis también conservaron el corazón de sus tierras. Los potawatomis, un pueblo oportunista de quienes incluso sus aliados indios admitían que eran «engañosos y traicioneros», ya hacía mucho que se habían trasladado a otros lugares, pero se presentaron en masa en el consejo y se embolsaron una parte igual a la de los shawnees, que se vieron derrotados y sin tierras. Su acceso a la tierra dependía ahora de los wyandot y los miamis.²⁰

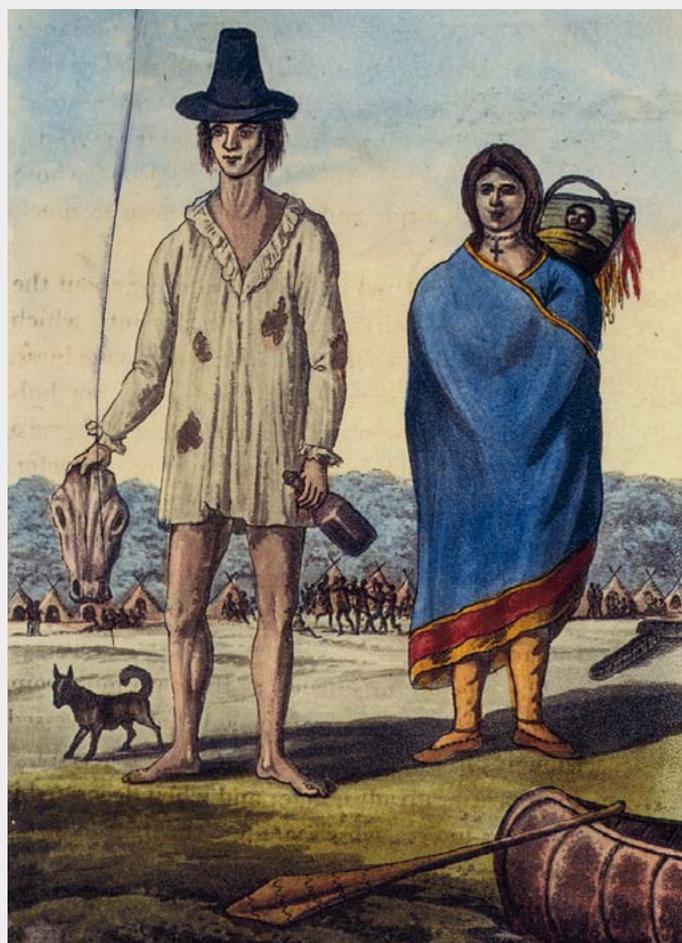
¿Y qué fue de los jefes de la difunta Confederación del Noroeste? Cada uno de ellos se adaptó a la nueva realidad conforme a su naturaleza. Pequeña Tortuga, que, según dijo, «aceptaba todos y cada uno de los artículos del tratado» se limitó a solicitar que William Wells fuera nombrado intérprete residente de las aldeas miami que surgieron cerca del recién construido Fort Wayne, en lo que sería el territorio de Indiana. Tarhe se retiró a su aldea del centro-norte de Ohio, y aseguró a Wayne que «nosotros [los wyandot] reconocemos, ahora y en el futuro, los quince Estados Unidos de América». Buckongahelas también enterró el hacha de guerra.

El Tratado de Greenville fue muy oneroso para Chaqueta Azul. El acuerdo no solo negaba una vida dedicada a la resistencia a la dominación anglosajona. Ahora que la guerra había finalizado, la tradición shawnee dictaba que debía ceder su autoridad al jefe de paz mekoche Pezuña Negra, un líder anciano pero despierto que se conformaba con seguir los caminos del hombre blanco. Pero al menos pudo conservar su vida confortable. En una conferencia privada con el general Wayne, Chaqueta Azul fustigó a los inconstantes británicos y reiteró sus «protestas de la sinceridad de mis sentimientos y su resolución de ser, de ahora en adelante, un amigo leal de los Estados Unidos». La promesa de una casa y una audiencia con el presidente ayudaron a aplacar a Chaqueta Azul, el cual trasladó sus elegantes muebles, su colección de armas y pieles, su esposa métis, sus hijos educados a la inglesa y sus bellas hijas a un nuevo asentamiento a orillas del río Detroit.

CAPÍTULO 8

UNA CULTURA EN CRISIS

Tecumseh podía bromear con Jonathan Alder acerca de las relativas ventajas de un barrilete de ron y un caballo enfermo, o emborracharse de vez en cuando, pues sus momentos de intoxicación eran escasos. Pero, por el otro lado, Lalawethika era un vividor. Flaco y debilitado por la bebida, con la percepción de la profundidad dañada debido a la pérdida de su ojo derecho, Lalawethika se pavoneaba por la aldea, mientras se jactaba de virtudes inexistentes y vivía de donativos. La bebida, no obstante, no parecía haber nublado su astucia natural ni reducido el afecto que le profesaba Tecumseh. Este había perdido a su padre, a sus dos hermanos, y ya no tenía contacto con su madre. Tal vez estas ausencias hicieron que estrechara su relación con Lalawethika más de lo que lo habría hecho en otras circunstancias.⁴ En todo caso, Tecumseh, como jefe de la aldea, se enfrentaba a un problema más grave que el alcoholismo de su hermano. Se encontraba en guerra con un adversario que amenazaba con barrer toda la población india del río White, tanto shawnee como delaware, como ya había hecho con Lalawethika. Se trataba de un enemigo



más pernicioso y más duro de vencer que el más astuto combatiente de Kentucky: el licor.

Dos misioneros moravos que vivían con una docena de delawareos conversos a 25 kilómetros río abajo de la aldea de Tecumseh fueron testigos de los horribles estragos que el alcohol causaba entre los shawnees y sus vecinos delawareos «paganos», y la facilidad con la que su pequeña grey sucumbió a sus efectos. «Se pasaban la noche gritando en los bosques, comportándose como locos –escribieron los moravos de la primera bacanal de la congregación–. Quien no haya visto emborracharse a un indio, no puede imaginarse lo que es. Es como si se transformasen en espíritus malignos». Los delawareos cristianos hacían acto de contrición después de cada licencia, pero luego volvían a beber. Lo más trágico que sucedió fue que una anciana superviviente de la masacre de Gnadenhütten murió a causa de un coma etílico. Vendió toda su cosecha de maíz y todas sus pertenencias para comprar *whisky*. A continuación, «se sentó a beber, y bebió tanto que su espíritu se liberó y cayó muerta».

Las aldeas indias se hundieron en la miseria. Apenas pasaba un día sin que una pelea de borrachos se saldase con un asesinato o una mutilación. El hermano atacaba al hermano. Los indios, en sus borracheras, a veces sacrificaban su ganado y sus caballos. Los niños, abandonados, contraían la disentería y morían. Las mujeres, y a veces los niños, bebían tanto como los hombres. Los ancianos lamentaban la pérdida de sus jóvenes, pero ellos también sucumbían a la bebida.

Hubo una muerte en la aldea de Tecumseh que horrorizó en particular a los moravos, como sin duda también debió horrorizar a Tecumseh. «Nos han dicho que los shawnees han asesinado, de una forma terrible, en su aldea, a un indio de su propia nación, mientras bebían *whisky*. Primero, abrieron tres agujeros en su cabeza con sus *tomahawk*, y como no murió a la primera, uno de ellos se abalanzó sobre él con un cuchillo y se lo hundió en el cuerpo, mientras un segundo le abría el estómago. Además, un delaware ha asesinado a una mujer shawnee». El licor estaba tan presente en el río White que, según los misioneros, «estas borracheras nunca acababan sin derramamiento de sangre. La mayoría de ellos aparentaba haber pasado una grave enfermedad. Es así como se destruyen a sí mismos».

Indios alcoholizados y harapientos, empobrecidos por la avaricia blanca y la venta de licor.

CAPÍTULO 9

LA FORJA DE UN PROFETA

Lalawethika se arrimó el fuego para sacar una pavesa con la que encender su larga pipa y detener, aunque fuera por un momento, la náusea del mal espiritual. Se llevó la pipa a los labios, suspiró, dejó caer pavesa y pipa, y se derrumbó en estado catatónico. Vecinos y familiares se reunieron a su alrededor durante su postración. Sus esposas le hablaban, pero no respondía. Tampoco podían detectar su aliento. Los vecinos, entonces, se llevaron a las afligidas viudas del *wigwam*, al dar por hecho que el licor se había llevado a una nueva víctima india. Como dictaba la costumbre, algunos hombres shawnees ajenos a la división kispoko limpiaron el cuerpo, vistieron el cadáver con ropa nueva y pintaron su rostro, en preparación del intervalo de dos días que debía transcurrir entre la muerte y el entierro.

Pasó la noche sin que Lalawethika diera señales de vida y, a la mañana siguiente, sus asistentes comenzaron a excavar una tumba y a partir tablones con sus *toma-hawk* para fabricar un ataúd.⁸

Pero, de repente, Lalawethika se estremeció y, un instante después, despertó. Tras recuperar la consciencia, narró a sus asombrados espectadores –entre los que se contaba Tecumseh– una sorprendente historia de muerte, ultratumba y resurrección.

Dos espíritus guiaron a Lalawethika por un espectral sendero hasta llegar a una bifurcación. El camino de la derecha, le dijeron los espíritus, llevaba al cielo, mientras que el de la izquierda conducía al infierno. Aquellos que tomaban el camino derecho se despojaban «de todo mal y costumbres malignas, y se hacían buenos», mientras que aquellos que insistían en su descarrío estaban destinados a seguir el camino de la izquierda, que llevaba al país del Manítú Motshee, el Espíritu Maligno. Lalawethika, empujado junto a los pecadores por la bifurcación de la izquierda, llegó hasta tres casas. Desde la primera y la segunda había senderos que, a través del país del mal, conducían al camino de la derecha y ofrecían esperanza de redención a aquellos que aceptasen

«la Luz». Pero Lalawethika no discernía ningún camino que saliera de la tercera y última casa. A este lugar le llamó Eternidad. Sus ocupantes se aferraban con obstinación a sus malos actos. Sus crímenes incluían beber licor, golpear a sus esposas, cometer asesinato y practicar la brujería, que Lalawethika describió como «el arte de dañar o torturarse entre sí con veneno». Grandes muchedumbres se congregaban en cada morada. Para sorpresa de Lalawethika, muchos corrían literalmente hacia la horrenda tercera casa. En las tres moradas vio masas de gente –indios y blancos– sometidos a «espantosos tormentos» y los escuchó «bramar como los rápidos de un río».

Lalawethika fue testigo de los castigos infligidos a cada tipo de criminal. El destino de los borrachos fue el que le causó más horror. Un asistente cadavérico les servía copas de plomo fundido. Una quemazón terrible invadía las entrañas de los bebedores. Un servidor reprendía a aquellos que rechazaban la bebida: «vamos, bebe, a ti te encantaba el licor. Ahora debes beberlo». Todos los habitantes de la tercera casa sufrían el mismo destino: eran arrojados a un gran fuego y reducidos a cenizas.

Lalawethika no continuó por el camino izquierdo, pero tampoco se le permitía tomar el de la derecha. Entonces tronó el Amo de la Vida: Lalawethika debía regresar a la tierra, revelar lo que había visto, y advertir a los indios del peligro que corrían. Lalawethika expresó simpatía por los condenados blancos, pero estos debían cuidar de sí mismos. Mientras narró su visión, lloraba y se estremecía, y manifestó una preocupación por el bienestar de los demás que hasta entonces había sido ajena a su persona. El poder y la convicción con la que habló le hicieron ganar discípulos desde el primer momento.⁹

Convencido de que Lalawethika no solo tenía una comunicación directa con el Señor de la Vida, sino que también poseía poderes sobrenaturales propios, Tecumseh asumió la revelación de su hermano.



No existen pinturas de Tenskwatawa de joven; su primer retrato fue pintado en 1824. Esta imagen de Tenskwatawa corresponde a esa misma década.

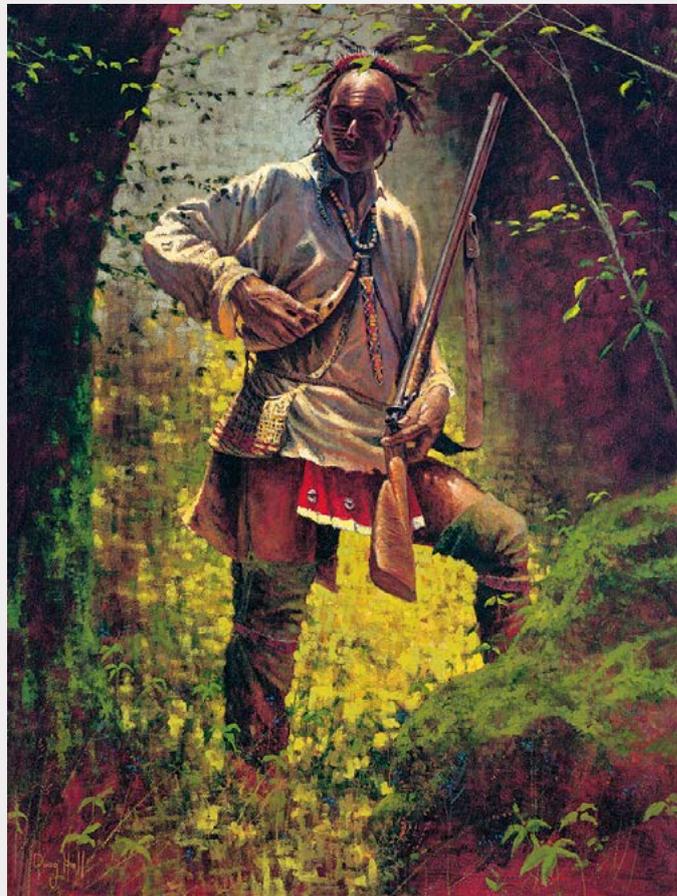
CAPÍTULO 12

DOBLE JUEGO

Los hermanos shawnees, tras sus conatos de choques con milicianos iracundos en Greenville, comprendieron que resistir la intrusión estadounidense en las tierras indias dependía de algo más que de los aliados nativos. Debían hacer causa común con los británicos. Tecumseh no albergaba grandes ilusiones acerca de una nueva alianza con los veleidosos casacas rojas. «Ningún hombre blanco que camina sobre la tierra ama a los indios –advirtió en consejo–. La gente blanca está hecha de unos materiales que siempre nos engañarán, incluso los británicos que afirman que nos aman [...] esto es porque pueden querer nuestros servicios, del mismo modo que nosotros queremos sus bienes, por lo que es necesario entablar cierta amistad con ellos».⁷ Es dudoso que Tecumseh tuviera en realidad tan mala opinión de todos los blancos: sus amistades, en apariencia genuinas, con numerosos blancos de Ohio desmienten esta idea, que con toda seguridad pronunció para fortalecer la voluntad de resistencia de sus guerreros. O tal vez había engañado a los blancos a los que había aparentado tener afecto.

En todo caso, Gran Bretaña se mostró receptiva a los avances indios. Tras una década de olvido benévolo, el asunto Chesapeake-Leopard había llevado a la Corona a resucitar sus alianzas indias. Dado que el ejército británico estaba disperso en múltiples frentes combatiendo a Napoleón, los guerreros indios –comandados y contenidos por agentes británicos y por el escaso número de regulares que pudieran venir de la Europa continental– eran la mejor garantía de la seguridad del Canadá.

En diciembre de 1807, sir James Craig, gobernador general de los canadás, envió una misiva secreta a Francis Gore, vicegobernador del Alto Canadá, en el que trazaba las líneas maestras de la política del Departamento Indio británico para los tres años siguientes. En caso de guerra con los Estados Unidos, los indios «no permanecerían ociosos –reflexionó Craig–. Si no los empleamos nosotros, no puede dudarse ni por un momento que serán empleados contra nosotros. [Craig] no vacilaba en afirmar que debemos emplearlos si podemos hacer que actúen con nosotros». Gore, no obstante, debía obrar con discreción. Debía ganarse a los jefes con la promesa de la ayuda británica, si los estadounidenses declaraban una guerra, pero debía convencerles de que se



Dispuesto para la batalla, de Doug Hall. Un guerrero shawnee de finales del XVIII.

abstuvieran de precipitar un conflicto. Gore, a su vez, encargó a William Claus, segundo superintendente de asuntos indios, que reuniera el mayor número posible de líderes indios del lado estadounidense de la frontera y les recordase en privado las «intenciones obvias» de los Estados Unidos de ocupar todas sus tierras. Pero Claus debería disuadir a las tribus de tomar las armas con independencia de Gran Bretaña. En otras palabras: debía persuadir a los jefes de que subordinasen sus intereses a los de la Corona. Matthew Elliott, viejo amigo de los hermanos shawnees que estaba a punto de ser renombrado agente indio en Amherstburg, acompañó a Claus para hacer de intérprete y para tratar de hacer el mensaje lo más digerible que pudiera.⁸

CAPÍTULO 15

ODISEA SUREÑA

El séquito que acompañó a Tecumseh en su viaje al sur a través de los bosques del oeste de Kentucky y Tennessee, en pleno verano de 1811, era en realidad ecuménico. Había siete shawnees, incluidos Tecumseh y Jim Chaqueta Azul, nieto del difunto jefe Chaqueta Azul, seis kickapoos, seis winnebagos y dos creek. Además de Tecumseh, el miembro clave del grupo era un guerrero creek, Seekaboo. De cuarenta años de edad, era un orador dotado y ágil intérprete entregado a la propagación del credo de los hermanos shawnees. Hablaba inglés, shawnee, choctaw, muskogee (creek) y mobiliano, la jerga comercial de las tribus meridionales. Pero no había nada que le distinguiera físicamente de los demás. Tecumseh borró toda distinción tribal entre los hombres. Todos debían vestir igual para así transmitir mejor su mensaje: somos un único pueblo indio.

Y así cabalgaron, como si fueran uno solo. Las tribus del sur gustaban de vestir bien, y Tecumseh iba a satisfacerles en ese aspecto. Tanto él como sus hombres vestían cazadoras de piel de ciervo, calzones remangados por debajo de las rodillas, polainas y mocasines con cuentas multicolores. Llevaban la cabeza afeitada y dejaban tan solo tres mechones, que ornamentaban con plumas de halcón. Envolvían sus cabezas con bandas de franela roja. En cada brazo llevaban brazales de plata: uno por encima y otro por debajo del codo, y un tercero en la muñeca. De sus cuellos colgaban gorgueras de plata y pesados aros también de plata pendían de sus orejas. Desde los ojos a los pómulos trazaban franjas de pintura de guerra. En las sienes lucían un pequeño punto rojo; en el pecho, un gran círculo rojo.

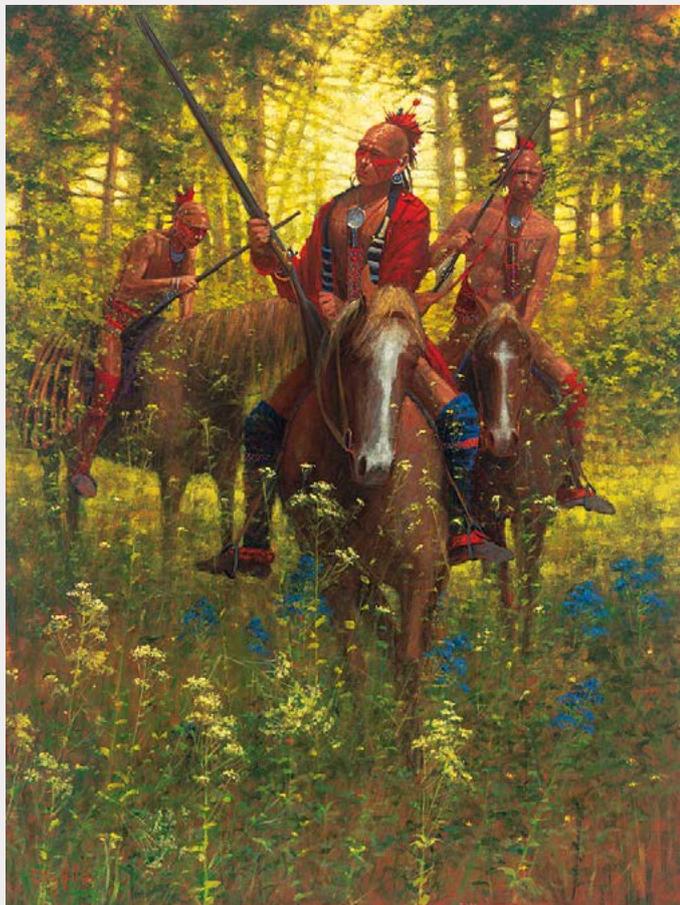
Llevaban fusiles nuevos británicos, calibre .60 [15,24 mm] obtenidos de comerciantes indios, además de *tomahawk* y cuchillos arrancacabelleras. El aspecto de Tecumseh tan solo se diferenciaba de los otros en un elemento: en lugar de llevar en sus mechones plumas de halcón, se tocaba la cabeza con dos plumas de grulla. Una blanca, el color natural del ave, símbolo de paz, y la otra pintada de rojo, que indicaban tanto consejo como conflicto. Sus potros, como cabía esperar dado el sombrío propósito de su expedición, eran negros.¹

En su viaje, Tecumseh es posible que se maravillara al observar el cielo nocturno, pues él y su grupo

tenían un compañero celestial: un cometa de asombroso tamaño, longitud y longevidad. Descubierta en marzo, el Gran Cometa de 1811 se mantuvo a baja altura durante cinco meses, lo cual hizo que fuera difícil de observar hasta agosto. Pero cada día que pasaba el cometa era más nítido y se alzaba más alto y más brillante, de forma que a comienzos de octubre conquistó los cielos con una coma un cincuenta por ciento más grande que el sol y una cola de ciento sesenta millones de kilómetros. Los indios, y algunos blancos, creían que los cometas eran heraldos de grandes cataclismos. ¿Qué mejor presagio podía pedir alguien que llevaba el nombre de una estrella fugaz antes de iniciar su empresa más ambiciosa?²

Pero el carismático jefe shawnee necesitaría algo más que brillos humanos o celestiales para unir a las tribus del sur del río Ohio en una alianza política y convencerles de los méritos de la doctrina moral de Tenskwatawa. Se enfrentaba a una tarea de enorme dificultad. Las cuatro naciones indias objeto de sus atenciones –chickasaw, choctaw, cheroqui y creek– estaban mucho más avanzadas en el camino de la aculturación que los indios del norte del Ohio. «Nuestro plan de civilización es progresivo y se ha asentado con tal vigor entre los indios que deshacerlo no está en poder de nuestros enemigos», escribió el agente indio de los creek, Benjamin Hawkins, con una autocomplacencia que los hechos demostrarían que estaba fuera de lugar. Aun así, el dominio estadounidense sobre los indios del viejo sudoeste (la región delimitada al norte por el río Ohio, al sur por el golfo de México, el río Rojo por el oeste, y los confines occidentales de Virginia, Carolina del Norte y Georgia por el este) era mucho más firme que su tenue influencia en el noroeste. Esto se debía en parte a la presión poblacional. Las cuatro naciones indias ocupaban una isla, grande pero con una población escasa, que se componía de la moderna Alabama, el centro y norte de Misisipi y Georgia occidental, que se enfrentaba a una ola embravecida de asentamientos blancos. Casi 260 000 personas habitaban Tennessee, que había alcanzado la condición de estado en 1796. Poco más de 31 000 personas vivían en el Territorio del Misisipi, nombre con el que era conocida la parte sur del estado de Misisipi actual. Y la población esclava de Georgia, por sí sola –casi 70 000– equivalía a toda la población india del viejo sudoeste.³

EN EL TORBELLINO



El jefe casaca roja shawnee Tecumseh, de Doug Hall.
Representación de Tecumseh como joven caudillo guerrero.

Tecumseh partió de Villa del Profeta ignorante de que las nubes de guerra acechaban más allá del horizonte, o que el Congreso les tenía presentes a él y a Tenskwtawa en sus deliberaciones para una declaración de guerra formal a Gran Bretaña. Los kentuckianos encabezaban el clamor. En 1812, Kentucky había dejado de ser una región poco poblada de los confines de los Estados Unidos; ahora era un estado duro y expansivo de casi medio millón de habitantes. La única consigna era la expansión incesante y los primeros pasos necesarios consistían en limpiar la región de indios recalcitrantes como los hermanos shawnees y tomar Canadá o, al menos, administrar una soberana tunda a los británicos de aquellas regiones. A finales de 1811, el kentuckiano

Henry Clay llegó al puesto de portavoz de la cámara de representantes estadounidense. Con esto, el dominio de los halcones de guerra fue completo. Para ellos, Tippecanoe había sido una labor inacabada. «La conquista del Canadá está en nuestras manos –dijo Clay a sus colegas congresistas–. ¿Es quizá poca cosa extinguir la antorcha que enciende la guerra salvaje?».¹

Clay recibió muchos apoyos del público, de la prensa y de los otros estados bajo dominio republicano. Tippecanoe y las ulteriores depredaciones indias, aunque escasas, habían intensificado el odio estadounidense hacia Gran Bretaña, hecho que complació a Harrison. Los titulares de los diarios republicanos hablaban de Tippecanoe en términos de «guerra anglosalvaje» y «guerra angloindia». El clamor a favor de las represalias se hizo ruidoso y estridente. «La guerra del Wabash es un conflicto puramente británico –reza un típico editorial–. El cuchillo de cortar cabelleras y el *tomahawk* de los salvajes británicos ha vuelto a devastar nuestras fronteras [y] la sangre de nuestros conciudadanos alza la voz para pedir venganza».²

Por espacio de seis meses, Madison retrasó la decisión. Pero, ante los tambores de guerra incesantes de Clay y sus aliados, el presidente Madison, a su pesar, comunicó el 1 de junio de 1812 un mensaje bélico al Congreso. En este, enumeraba los actos hostiles que Gran Bretaña había cometido contra los Estados Unidos, país «independiente y neutral». Todos estos actos habían ocurrido en alta mar, en puertos británicos o europeos, o frente a la costa estadounidense, con excepción de uno, atribuido por Madison a los hermanos shawnees y a sus supuestos instigadores británicos. «Al examinar la conducta de Gran Bretaña hacia los Estados Unidos, no podemos dejar de dirigir nuestra atención a la guerra que los salvajes han reemprendido en una de nuestras extensas fronteras, conflicto que no respeta ni edad ni sexo y que se distingue por unas características particularmente aterradoras para la humanidad», dijo Madison acerca de la batalla de Tippecanoe y de las posteriores incursiones de represalia de los indios. No hizo la menor alusión a la codicia estadounidense por las tierras indias como causa de hostilidad; esta solo podía atribuirse a las «interposiciones» británicas. El 18 de junio, el Congreso aprobó declarar la guerra a Gran Bretaña.³

MUERTE EN EL TÁMESIS

La bala de mosquete alcanzó a Tecumseh en el pecho y se alojó en el corazón. Su cuerpo fue perforado por dos o tres perdigones. El impacto tumbó de espaldas al jefe. Lo más probable es que estuviera muerto antes de tocar el suelo.⁴⁵

La noticia de la caída de Tecumseh recorrió toda la línea india. Cincuenta y cinco minutos después del primer disparo, los fusileros montados kentuckianos escucharon un aullido de otro mundo proveniente del pantano de Backmetack. Era el grito de retirada indio. «Proferían –aseveró un voluntario–, los más atronadores alaridos que jamás escuché de un ser humano, y eso puso fin al combate». Harrison prohibió perseguirles; se conformaba con consolidar su posición, contar los costes, y hacer recuento del botín. Había perdido al menos quince hombres muertos o heridos de muerte, todos en la acción contra los indios, que perdieron como mínimo un número de muertos similar. Harrison tenía más de cuatrocientos prisioneros británicos, además del solitario cañón emplazado en el Camino del Rey. No había disparado ni un solo tiro en toda la batalla.⁴⁶

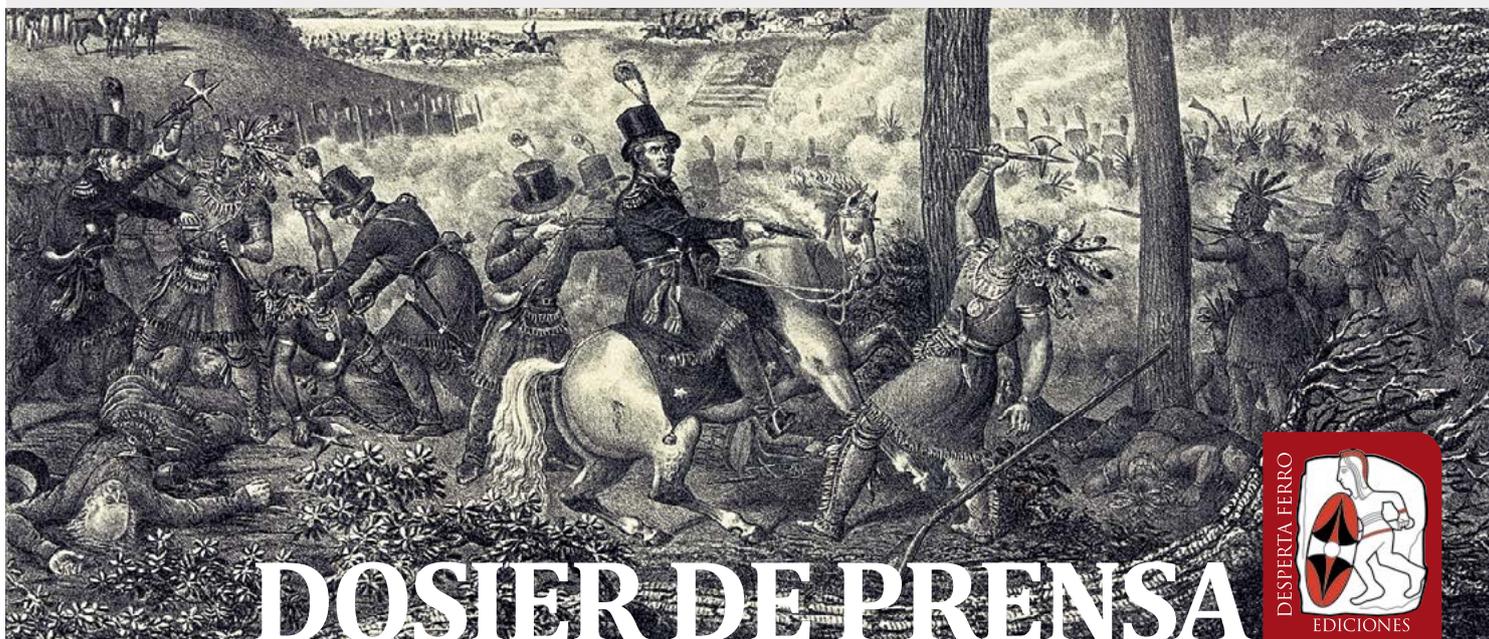
Los guerreros derrotados huyeron en la noche entre ciénagas y bosques. Nadie asumió el mando. La participación de Tenskwatawa consistió en llevarse del campo de batalla a algunos guerreros shawnees supervivientes. Billy Caldwell se encontró con Elliott y con el hijo de Tecumseh. Le comunicó a Paukeesa la muerte de su padre. El joven guerrero no replicó, pero Caldwell observó que las manos del joven shawnee temblaban mientras recargaba su mosquete.⁴⁷

William Henry Harrison, antes de retirarse a dormir, redactó un resumen de la batalla del Támesis para el brigadier Duncan McArthur, al que había dejado en De-

troit con una brigada para mantener a raya a Main Poc. En su misiva, Harrison se jactaba de haber destruido al ejército de Procter y de haber dado muerte a Tecumseh. Basaba esta afirmación de que Tecumseh había caído en rumores que corrían por el campo, mientras que los kentuckianos de Johnson –muy pocos de los cuales jamás habían visto al shawnee– debatían sobre si había sido el bueno de Whitley, su coronel, o un mero soldado raso quien había despachado al gran jefe.⁴⁸

A la mañana siguiente, Harrison decidió que sería mejor examinar el cadáver de Tecumseh por sí mismo, pues, como insistió más tarde: «Me apostarí la cabeza de que ningún soldado estadounidense, salvo yo mismo, ha visto jamás a Tecumseh». Antes de partir, un oficial de su plana mayor le advirtió que tal vez no le gustase lo que iba a ver. El hombre tenía razón. «La situación era [como] me la habían descrito, y me sentí muy mortificado e irritado», dijo Harrison. Los buscadores de trofeos kentuckianos habían profanado los muertos indios. Varios demonios kentuckianos, seguramente sin saber de quién era el cadáver que desfiguraban, habían arrancado largas tiras de piel de la espalda de Tecumseh para fabricarse asentadores de cuchillas de afeitar. Otro kentuckiano le había arrancado la cabellera y le había hundido el cráneo con un *tomahawk*. Otros le habían arrancado mechones de cabello hasta dejarle casi calvo. El cuerpo de Tecumseh estaba cubierto de sangre seca y su rostro estaba muy hinchado. Aun así, Harrison estaba seguro de haber visto antes al muerto, pero no sabía si era Tecumseh o un potawatomi que a menudo iba a su lado, por lo que no mencionó el fin de Tecumseh en su reporte oficial de la batalla. «No obstante, tenía la certeza moral –escribió más tarde–, de que había muerto».⁴⁹

Fantásiosa ilustración de época que muestra al coronel Johnson dando muerte a Tecumseh.



LA MALDICIÓN DE TECUMSEH

“Les digo que Harrison morirá y cuando él muera, ustedes recordarán la muerte de mi hermano Tecumseh. [...] Les digo que morirá y después de él, todo Gran Jefe elegido cada 20 años desde entonces, morirá, y cuando cada uno muera, que todos recuerden la muerte de nuestro pueblo”.

Durante más de un siglo, entre 1840 y 1960, todos los presidentes de Estados Unidos elegidos cada veinte años fallecieron ejerciendo el cargo. A este fenómeno se le ha llamado la maldición de Tecumseh, y se remonta a 1811. En noviembre de este año tuvo lugar la batalla de Tippecanoe entre los estadounidenses, cuyo líder era el entonces gobernador del Territorio de Indiana William Henry Harrison, y la confederación de tribus indias con los hermanos shawnees, Tecumseh y Tenskwatawa, a la cabeza. Estos últimos perdieron y la confederación quedó tocada de muerte.

En 1836 Tenskwatawa, el Profeta, predijo que Harrison, en ese momento candidato a la presidencia, per-

dería ese año las elecciones pero sería elegido en 1840, momento en que fenecería, y tras él todos los presidentes de Estados Unidos elegidos cada veinte años. Harrison falleció de neumonía en 1841, tan solo 32 días después de haber jurado el cargo. Le seguirían en tan lúgubre destino Abraham Lincoln (reelegido en 1860), James A. Garfield (1880), William McKinley (1900), Warren G. Harding (1920), Franklin D. Roosevelt (1940) y, por último, John F. Kennedy (1960). Solo Ronald Reagan (1980) y George W. Bush (2000) burlaron la maldición de Tecumseh, aunque ambos estuvieron a punto de perder la vida en sendos atentados contra su persona.

Biden, calienta que sales.



Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA

